



El cuerpo rescatado en el teatro libertario de obreras

Carlos Fos: AINCRIT/UNESCO/UNAM. Historiador teatral. Doctor en Antropología Cultural. Docente en la UNAM y en la Universidad de San José, entre otras Casas de Estudios. Publicó *La fiesta de San Lucas, un desafío*, en México y *La utopía anarquista*, entre otros 20 volúmenes. Codirige el Centro de Documentación de Teatro y Danza del CTBA y el CIHIA. Hace más de veinte años que trabaja sobre la producción libertaria en Latinoamérica. Ha escrito numerosos ensayos en diferentes medios especializados en historia, antropología y teatro. Es presidente de la AINCRIT, la Asociación de Investigación y Crítica Teatral en Argentina.

Resumen:

La creación artística de los sectores obreros combativos es remarcable en las dos primeras décadas del siglo pasado, convirtiéndose en el sistema de producción más dinámico de la época, por fuera del empresarial. La práctica escénica era para nuestros anarquistas un arma de combate más, priorizando la militancia y la dramaturgia de lo urgente a la calidad o a la novedad estética, aunque no se limitaron a expresiones panfletarias. Partían de la concepción clara de que la lucha es la vida y, por lo tanto sus producciones remiten siempre a esa vida, a esa lucha. No tuvieron temas tabúes que escaparan a sus propuestas artísticas aficionadas, especialmente en los sectores no orgánicos que investigo. Así la gravísima problemática de la trata de personas, especialmente mujeres que eran utilizadas como objetos en los circuitos de la prostitución urbana y rural fue tema de sus obras de teatro. En este trabajo nos acercamos a esta temática a través de la mirada ácrata en diversos textos de creación propia, representados en algunos de sus habituales espacios de acción. Crearon un sistema propio para la circulación de sus propuestas dramáticas, que incluía la difusión de las mismas a través de la prensa libertaria, todas herramientas para la transmisión de sus principios ideológicos y de sus valores rectores. Plantea este artículo dos

necesidades: la de profundizar en la concepción que tenían los anarquistas del teatro y la de anclar en uno de los flagelos de violencia de género que azotaba ese país desbordado y reinventado por la inmigración a través de los registros documentales analizados.

Palabras clave

Teatro obrero – libertarios- trata de personas- violencia de género.

Los cambios sociales producidos por la creciente explotación de trabajadores, el crecimiento de las industrias y la pauperización de amplios sectores de la población que buscaban sustento en las ciudades cubiertas de humo y carbón fueron visibles a fines del siglo XIX. La férrea estructura patriarcal de las familias, núcleos centrales de la estructura burguesa, se sostenía en la obediencia de los hijos y la mujer a la autoridad del padre. Esa autoridad oficiaba como ley no escrita y su deseo no podía ser cuestionado bajo ningún atenuante, así se tratase de elegir esposa o lugar de residencia. Este régimen, que replicaba el formato de enajenación impuesto por los sectores del poder fáctico, era reafirmado por los mecanismos de control del Estado patronal. La escuela, convertida en una usina ideológica capaz de construir imaginarios colectivos funcionales en los niños, como las instituciones que regulaban la vida pública se erigían como los centinelas de ese patriarcado, donde las relaciones de micro y macro poder se ejercían a voluntad del que detentaba la autoridad en un territorio específico. Los límites, cerrados y perfectamente delineados, se manifestaban en el campo de los actos diarios desde los procedimientos prácticos a las enseñanzas morales. Los cuerpos quedaban inermes, vacíos, sin capacidad de extenderse en deseo. Se ponía en hechos la doble aspiración misógina de sumisión y reducción a objeto. Un objeto útil para terminar diluido en la maquinaria de la producción capitalista o para ser pasivo modelo de “monja hogareña”. La prostitución, con su perverso aparato de trata de personas y reducción a la esclavitud sexual de miles de mujeres, creció exponencialmente y generó

divisas de gran porte para nuevas y viejas organizaciones mafiosas. Era necesario rebelarse para cuestionar, al menos, el descrito estado de cosas y dicha revolución halló en el anarquismo un espacio adecuado para manifestarse y alcanzar metas mínimas a corto plazo. En la primera década del siglo XX, distintos movimientos sociales y, especialmente el anarcosindicalismo, capitalizaron esa fuerza incontenible que se alzaba intuitivamente ante la posibilidad de diluirse en la homogeneidad del capitalismo salvaje y se ofertaron como organizadores de la lucha. Los ámbitos escolares, fuente de tradiciones cristalizadas debían ser modificados drásticamente y los libertarios plantearon reformularla como centro de pensamiento y no de repetición de fórmulas añejas. La pedagogía conservadora no alcanzaba a instrumentar mecanismos sofisticados para encarrilar en los viejos rieles de la obediencia ciega a las jóvenes ni a las mujeres, transmisoras del discurso dominante sin ser conscientes. Ese hogar, detenido en su evolución en ilustraciones de textos bancarios, estaba modificándose bruscamente ante la complejidad y dureza de las condiciones de la vida industrial y su correlato comercial que requería que las cabezas de familia lo abandonaran por horas y aun días. Y no se trataba del padre, como era costumbre, pues la mujer era reclamada por la codicia de los que arrancaban sus riquezas al planeta para mutarlas en productos transables, empezando el lento agotamiento de los recursos naturales y la concentración en pocas manos de los beneficios económicos de esta verdadera revolución capitalista. La familia perdía su esencia constitutiva y crecían los intersticios para tener que crear otras formas de asociación en aras de sobrevivir en las contaminadas y sobrepobladas ciudades puerto. Las oleadas inmigratorias que llegaron al país en el período 1880 a 1930 cambiaron la conformación de la población argentina y se plantearon nuevos desafíos para las clases en el poder pues tenían que asimilar contingentes de distintas culturas e imaginarios míticos. Antes de avanzar sobre este punto en particular, se impone una breve introducción histórica. Las guerras civiles en el territorio argentino van a impedir la consolidación de un modelo de organización política que se pudiera mantener ante la inestabilidad reinante. La proclamación de la Constitución Nacional en

1853 fue incapaz de reunir en un bloque a la ciudad de Buenos Aires con el resto del territorio expresado por la Confederación. Juan Bautista Alberdi, mentor de este instrumento legal, proponía fomentar la llegada de inmigrantes europeos, en la medida que los mismos se dedicaran a desarrollar la agricultura o a hacer aportes significativos en las áreas de las ciencias y las artes. Luego de la batalla de Pavón en septiembre de 1861, el camino hacia la conformación de un Estado moderno aparecía allanado. Las administraciones de Mitre, Sarmiento y Avellaneda dieron los primeros pasos hacia el afianzamiento del orden institucional de esta república que asomaba como unida. Fieles a un ideario económico, y respondiendo a una ideología positivista (en especial los dos últimos, defensores del orden y progreso como banderas de gestión) encararon la transformación de los cimientos sociales y económicos del nuevo país. La ocupación del territorio por cuestiones económicas y geopolíticas se convirtió en prioridad y comenzó a diseñarse distintos planes para llevarla a cabo. El problema del “indio”, eufemismo utilizado para lanzar campañas militares de exterminio o confinamiento de las comunidades originarias prehispánicas, debía ser resuelto. La ley de colonización votada en 1876 fue el instrumento jurídico que reflejaba la posición de la clase dirigente. Se daban ciertas facilidades a quienes llegaran, pero nunca el derecho sobre las tierras que trabajasen. Se abrían las puertas a la consolidación de los latifundios, debido a que el Estado seguiría entregando la tierra pública a los grandes terratenientes preexistentes. Estos terratenientes se verán beneficiados con millones de hectáreas, muchas de ellas de excepcional riqueza para la explotación agropecuaria. El informe oficial de la Comisión Científica que acompañaba a las tropas comandadas por Julio Argentino Roca al “desierto” (desde esta misma palabra es visible el desprecio por los indígenas que vivían en esta inmensa región, una variante práctica de la prédica de civilización y barbarie) es clarificador en cuanto a los objetivos de esta “cruzada modernizadora”. Un fragmento del mismo dice “Se trataba de conquistar un área de 15.000 leguas cuadradas ocupadas cuando menos por unas 15.000 almas, pues pasa de 14.000 el número de muertos y prisioneros que ha reportado la campaña. Se trataba de

conquistarlas en el sentido más lato de la expresión. No era cuestión de recorrerlas y de dominar con gran aparato, pero transitoriamente, como lo había hecho la expedición del Gral. Pacheco al Neuquén, el espacio que pisaban los cascos de los caballos del ejército y el círculo donde alcanzaban las balas de sus fusiles. Era necesario conquistar real y eficazmente esas 15.000 leguas, limpiarlas de indios de un modo tan absoluto, tan incuestionable, que la más asustadiza de las asustadizas cosas del mundo, el capital destinado a vivificar las empresas de ganadería y agricultura, tuviera él mismo que tributar homenaje a la evidencia, que no experimentase recelo en lanzarse sobre las huellas del ejército expedicionario y sellar la toma de posesión por el hombre civilizado de tan dilatadas comarcas.”¹

Con nuevas y fértiles comarcas, la mano de obra era indispensable, sobre todo teniendo en cuenta que la tecnificación del agro era una política europea y no local. Expulsados por conflictos bélicos, hambrunas y falta de puestos de trabajo ante las consecuencias de la Segunda Revolución Industrial, los inmigrantes comenzaron su llegada. Ante la imposibilidad de convertirse en propietarios de parcelas de labranza, muchos de ellos, se transformaban en trabajadores golondrinas, regresando a su punto de origen. Pero otros prefirieron asentarse en la zona del litoral y en las principales ciudades, en búsqueda de resolver su problemática personal y en disonancia con las necesidades del modelo que intentaban construir el gobierno y los grupos económicos hegemónicos. En pocas décadas el caudal de arribos creció, hasta convertirse en una ola humana de cientos de miles de personas en búsqueda de una esperanza, que en el corto plazo les iba a resultar esquiva. Será en la construcción de puertos y en la del sistema ferroviario (pergeñado para extraer las materias primas para su exportación) donde hallen fuentes genuinas de trabajo. Buenos Aires y Rosario crecieron exponencialmente, y especialmente la primera se mostró – merced a las grandes obras arquitectónicas – como una metrópoli de corte europeo. Era la cara hacia el resto del mundo de un país que se desarrollaba económicamente, de acuerdo a una propuesta que enriquecía a una

¹ Informe Oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor de la Expedición al Río Negro, realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879, Buenos Aires, 1881.

minoría en detrimento de la calidad de vida del resto de los habitantes. La estructura social del país cambió dramáticamente ante el flujo inmigratorio. Esa clase dirigente nativa despreciaba a esa masa “informe y curtida en pobreza”, que descendía de los barcos.

Pero varios de estos expulsados del Viejo Continente tenían experiencia militante social, política y gremial en sus países de origen, por lo que no tardaron en ser la fuerza que alentó a conformar nuevos sindicatos o a colaborar en el afianzamiento de partidos políticos modernos nacidos recientemente y ajenos al régimen que monopolizaba el poder. El incipiente sistema de producción de talleres de cierto porte para el consumo interno, así como los frigoríficos de gran tamaño, requerían mano de obra barata. La mujer, inmigrante en su mayoría, va a responder a esta demanda en forma leve pero en crecimiento, recibiendo regímenes de trabajo precarios y de semi-esclavización. Era un abuso que compartía con el hombre pero que adquiría un perfil todavía más intenso pues cuestiones de género. Algunas de ellas se lanzan a defender sus derechos negados, ingresando a sindicatos y a movimientos políticos clasistas. Las mujeres anarcosindicalistas y libertarias suelen ocupar sitios de real poder aunque su papel está subordinado, en muchos casos, a las decisiones de hombres. Ese protagonismo se ganaba en las calles y con la firmeza en la toma de decisiones y su traslado a la práctica pues debían pelear, además de contra las presiones patronales, contra el rol idealizado de la maternidad y el lugar nuclear en la familia de corte patriarcal. Este papel, con resabios de machismo la marcaba como una figura indispensable en el seno de esa estructura que sectores libertarios consideraban una rémora esclavista. Pero cambiar el imaginario de los militantes varones mágicamente era imposible, por lo que encontramos que la posición de la mujer en el movimiento registraba una doble tarea que tenía que compatibilizar. Por un lado, intervenir como sujeto político en las batallas por ganarle terreno a los que detentaban el poder y lo ejercían arbitrariamente y, por el otro, cumplir con ese mandato (aunque atenuado en las formas) de ser argamasa para el hogar, muchas veces amenazado por las represiones y

la cárcel de la pareja masculina. Madre y militante en un contexto de clandestinidad eran tareas complejas de compatibilizar. Esta es de las causas que desgastan y limitan la actividad de las mujeres en el movimiento, provocando una merma comparativa en su número y reduciendo sus márgenes de entrega directa a la causa. A pesar de las dificultades señaladas y la doble misión de ser compañera del militante y activista, fueron capaces de crear centros, círculos y sociedades de resistencia propias. Este clima tibio de reivindicaciones es generado por las mujeres en los centros urbanos industrializados, sus formas organizativas son espontáneas, efímeras y circunscriptas siempre al recurso de la acción directa. Una de las primeras maestras racionalistas llegadas a la zona de la campaña, Juana Rinchell, comentaba: “Con los movimientos de las chacras tuvimos tareas que sobrepasaban los límites de la enseñanza y debimos ser soldados, médicos y confesores laicos. Lo que cuento no es sensiblería, lo he vivido y hay que ponerlo a la orden del día si hablamos de esos días de lucha y sufrimiento. He visto y asistido parturientas afrontando solas las chacras con la alternativa de que a su casa llegue la miseria más absoluta porque la cosecha no se levantaba y no se sembraba el trigo. Sabían que si la huelga no triunfaba, no tendrían qué darles de comer a sus hijos. O tendrían que abandonar el rancho. ¿Y adónde ir a parar? La ciudad no la conocían. Cuando años después la descubrieron, creían que habían hecho la revolución porque salían a las calles y veían luz eléctrica. En épocas normales, el hombre tenía la libertad de agarrar el sulky los domingos e irse al boliche a tomar unos tragos o jugarse una partida al truco si aún no había aprendido los peligros de estas prácticas burguesas. La mujer, no. Pero ese hombre y esa mujer eran una unidad. Se sentaban juntos, analfabetos o semianalfabetos, se arreglaban para hacer los cálculos de la chacra con más rapidez que los que nos preciamos de educados. Precios, ventas, costos, todo sabían. Y ellos levantaron chacras que constituyeron empresas, unidades económicas y lo hacían sobre la base de la intuición cooperativa, en contraste claro con la actitud del latifundista. Yo conozco a esos latifundistas. Nunca fueron a la tierra porque le tenían

asco. La huelga la hicieron, entonces, los que amaban a su suelo, los que respetaban a la naturaleza.”²

La presencia de la mujer anarquista en la acción directa es notable comparada con el espacio con que contaba en otras opciones políticas y sociales. Su tarea está focalizada en la atención de las urgencias puntuales, (apoyo a huelgas, tomas de fábricas, asistencia a heridos) y en la realización de actividades que confrontaran con costumbres tradicionales relacionados con la inequidad del papel de la mujer en las relaciones sociales en instituciones como el matrimonio. Las mujeres se sienten protagonistas de la historia en pie de igualdad con el hombre pero son escasos los documentos explícitos que produjeron en relación a la discriminación de género. No hay análisis, en general, sobre el orden opresivo que sufría la mujer y la mayor parte de los escritos lo explican como un componente egoísta del hombre, exacerbado por el sistema capitalista concebido como el enemigo y fuente de todo mal. El cuestionamiento a las prácticas patriarcales remanentes en el movimiento es suavizado por cierta comprensión a los compañeros al padecer las reacciones de los burgueses en la praxis de la lucha. Desde estas vivencias personales aportan su mirada femenina en el marco de propiciar proyectos que tendieran a terminar con las diferencias sociales y de clase en beneficio de una comunidad libre. El teatro fue un vehículo de ideas para confrontar con los modelos capitalistas patriarcales. La necesidad de responder con el texto a la acción opresiva en forma casi inmediata, exigía un esfuerzo constante por parte de aficionadas escritoras. Esta necesidad de llegar a tiempo en la exposición del problema, será un condicionante para la calidad del producto artístico. Para que se entienda el punto de vista que seguía el artista ácrata, es necesario tener presente su principal objetivo: transformar al pueblo, que deje de "espectador", que abandone la posición pasiva en el fenómeno teatral. Debe transformarse en sujeto, en actor, en transformador de la acción dramática. Las diferencias debían ser claras, nunca aceptaría una posición en la que el espectador delega poderes en el personaje para que éste actúe y piense en su lugar. Cada artista tenía derecho de pensar por sí mismo, muchas veces en oposición al personaje.

² Entrevista personal a Juana Rinchell, Montevideo, 1984.

Buscaba concientización, en la acción misma. Y esta acción no concluía en el escenario ya que el espectador no debía delegar poderes en el personaje, ni para que piense ni para que actúe en su lugar; al contrario, él mismo tenía que asumir su papel protagónico. Para luchar por la plenitud de la libertad en la comunidad el teatro también tenía cosas para decir, puede ser que no sea revolucionario en sí mismo, pero seguramente es un ensayo de la revolución porque su objetivo es auspiciar el nacimiento o consolidación del espíritu crítico. La prostitución, el trato del cuerpo como mercancía movió a un cuadro filodramático de mujeres a escribir y poner en escena textos que trataran esta problemática. Sin sede fija, desplazándose con diversos integrantes y formaciones inestables, se destaca Esperanza Castellanos, partidaria de esa dramaturgia de urgencia que se modificaba con cada discusión o ensayo. En una obra titulada *No somos ganado*, de la que nos dejó un breve fragmento reproducida en un libelo. Decía, Marcia la protagonista del melodrama:

“Marcia: Vine a buscar trabajo desde la Europa destruida. Como a tantas jóvenes me engañaron y me redujeron al servicio de la prostitución. Y puedo decirles que no hay mayor escarnio que ser una cosa, que ser tratado como un objeto que se usa y se relega al olvido hasta el próximo “servicio”. Mi cuerpo, como el de mis compañeras, ha sido manchado por la violencia de bestias que son eslabones menores de la cadena capitalista. Ellos son los “clientes”, pequeños burgueses que pagaron por ultrajarme y que sentían que realizaban una simple transacción comercial. Mis convicciones libertarias me mantuvieron libre en esa cárcel aunque mi cuerpo, diluido, mutilado, da testimonio de que el hombre puede ser vil. Me reclamo viva en plena conciencia pero mi cuerpo tiene que gritar y contar su historia. Y no duden que, en cada batalla contra el patrón, lo hará.”³

Otro ejemplo que fortalece lo expresado fue la experiencia teatral que tomó como eje el serio problema de la trata de blancas. En Rosario, contando con la complicidad de autoridades políticas y policiales locales y nacionales, la prostitución no consentida se convirtió en un flagelo. Mujeres, apenas nacidas a su condición como tal,

³ Fragmento de *No somos ganado* en libelo sin edición aportado por la militante Castellanos.

eran engañadas y traídas desde Europa como mercancía sexual. Las “casas de citas”, eufemismo que escondía el horror de la esclavitud, proliferaban en la segunda ciudad de Argentina. Los libertarios habían realizado varias campañas para combatir esta explotación femenina, sin temor a las consecuencias de plantarse frente a grandes intereses. A fines de la primera década del siglo XX, en el marco de una huelga general declarada por sindicatos de distinta extracción ideológica, los anarquistas decidieron lanzar una campaña de esclarecimiento para concientizar a la masa no agremiada. Para ello organizaron dos asambleas abiertas en los círculos *Dignidad y Bandera proletaria* que incluyeron no sólo discursos y debates sino también la presentación de una obra a cargo del cuadro filodramático de la Escuela Moderna de Luján. En *Pasión y hambre* dice Enrique el personaje esclarecido: “Compañeros debemos aprender de nuestras mujeres. Ellas defienden con su cuerpo a los piquetes. Dentro del ejército están sus hijos y sobrinos, entonces no es fácil levantar el fusil contra ellas. De todas formas sus rostros paralizan al represor y sus disparos van al aire. Esa valla de mujeres no es una simple cortina, es una coraza humana. Son mujeres que no muestran las piernas, las polleras les llegan hasta los tobillos, no tienen zapatos con tacos y la mayoría va de alpargatas. Sus brazos van también cubiertos, según la moda de la gente sencilla. Con estas mujeres criollas o gringas ¿quién podrá tener ganas de flaquear en la huelga?”. Recogen la tradición de las compañeras de la huelga de la Refinería de Azúcar de 1901 y que trabajaron como esclavas en la industria de la arpillera, en las fábricas de calzado popular. Son las que no dudan en encarar a los cosacos y aún los enfrentan de noche cuando acostumbra a sablear y cubrir con nuestra sangre las calles de la pobraería. Ellas les bajan las crestas a esos gallos. Cruzan alambres a lo ancho de la calle y a la altura conveniente y cuando vienen como salvajes allí quedan tirados por el suelo, medio degollados por el cable. Estas mujeres no dudan ¿por qué entonces ustedes, rudos tranviarios, marinos de puertos lejanos, cosecheros, hesitan? ¿Quieren semejarse a las chicas de la calle Pichincha y entregar sus cuerpos a la voluntad todopoderosa del burgués patrón? Si hasta he visto en esas caras cansadas de la explotación una ira

reprimida que será acción poderosa cuando rompan las cadenas. No puedo ni quiero que se sienten a esperar. No hay tiempo. Mientras piensan mueren los obreros”.⁴

Jacinto, el hermano de Enrique, se siente tocado por estas palabras y dice: “Yo comparto lo que dice el compañero pero quiero hacer un descargo. Los jóvenes changarines actuamos con fervor por el ideal y peleamos codo a codo junto a los otros obreros sin importarnos su procedencia o pensamiento social. En la huelga estábamos todos, católicos y no católicos. Nosotros los antiteos y el que los domingos estaba junto al fraile en las iglesias. Y gritábamos unidos y formábamos los piquetes con el movimiento femenino. Todos tirábamos contra la patronal inglesa y francesa. Ser huelguista es un honor y no serlo es ser sapo de otro pozo. Como jóvenes nos entusiasmos por enfrentar al burgués sin corazón. Recorrimos todos los barrios, sabíamos que aquel se llamaba Pedro, el otro Luis. Distinguíamos entre los amigos de vías y obras y los de talleres y tracción. Viví muchas horas junto a muchachos de catorce años ofreciendo nuestro servicio a quién lo necesitara. Tanta es la ansiedad por participar que a veces estorbamos a los mayores. Y en cuanto a los prostíbulos quiero recordar a dos niñas de las “academias” que lucharon codo a codo con nosotros”.

Olga, una rusa traída a los once años para ser prostituida había desertado de una “academia” y se sumó rápidamente a la pelea. Si bien podemos intuir un final trágico a manos del “dueño” de turno que la manejaba deja en la pieza un discurso vibrante: “Yo conozco del oprobio de ser ultrajada cada noche. Ni siquiera sé dónde mi madre está. Ambas fuimos arrebatadas de nuestra Rusia natal y caímos en trabajos duros sin ninguna remuneración. Cuando cumplí catorce me separaron de ella y me obligaron a entregar mi virginidad a embrutecidos señoritos que no sólo se aprovechaban de mi virtud sino que me golpeaban y drogaban. Sin dejar marca decía mi dueño a quien debí llamar tío. Por eso les digo no aflojen. Hay que pelear. Yo no leo ni escribo; en ocasiones no entiendo lo que proclaman pero si comprendo las palabras libertad y felicidad. No las tengo, las añoro y dejaré mi vida si es necesario por recuperarlas. Disculpen mi ignorancia ya que no puedo amar al hombre por lo que me hicieron amaré al camarada

⁴ Fragmentos de la obra *Pasión y hambre* inédita, material facilitado por el militante Enrique Moretti.

del sindicato y me entregaré a la causa. Denme un fusil o háganme barricada. Conozco a esos cosacos soberbios que se llevan una comisión en el negocio. Permítanme que mi cuerpo ya inservible para las caricias se convierta en muro inexpugnable para la represión. Trátenme como un soldado como un fiel y yo estaré con ustedes”.⁵

La obra terminaba con un soliloquio de Enrique sosteniendo el cuerpo sin vida de Olga asesinada por la policía brava. Allí se refería críticamente a cierta dirigencia reformista como un adelanto de las disputas entre organicistas y antiorganicistas que se darán en el seno del movimiento libertario. En un párrafo exclamaba: “Siempre debe existir una interrelación entre masa y dirigente. Ese dirigente debe saber captar lo que viene de abajo, captar lo que es creación de la masa. A veces, sin embargo, idealizamos formas organizativas que pueden ser muy justas, pero que no son válidas porque no se fundamentan en la creación y en la idiosincracia del pueblo. En la lucha de masas, hay que respetar la creación de los obreros. Si esto no se tiene en cuenta podemos llegar a ser un grupo seleccionado y no vamos a saber interpretar lo que dicen los luchadores humildes. Aquellos que entregan su vida aún sin conocer el ideal del anarquismo. Y compañeros le debemos a Olga su vida por no actuar como decía el ilustre Bakunin. No supimos interpretarla, algunos la juzgaron y la dejamos sola. Otra vez fue ultrajada pero por nuestra soberbia. No voy a llorar por ella, no será su sangre la que me promueva a soltar emociones de vieja de velorio. Voy sí a exigir que no caigamos más en lo que criticamos en los reformistas. Voy a exigir que tomemos nuestro camino con decisión y la honremos y no cejemos en la lucha”.⁶

El papel de Olga estaba a cargo de una joven integrante del elenco aficionado. La misma iba rotando en cada representación, con el doble objetivo de asegurar la intervención de todos los miembros del cuerpo y de apelar a la toma de conciencia por parte de esta actriz amateur de los horrores que la esclavitud sexual producía en la realidad extra-escénica.

⁵ Íbidem nota 3

⁶ Íbidem nota 3